

DICO- TOMÍA

POESÍA

29/11/2016

VELÁZQUEZ



Voy a elegir siempre la palabra porque el número me es indiferente.

No me quiere desde que soy chico porque me relegó a terceros puestos.

¿Qué digo terceros puestos?

Últimos puestos.

Me mandó a maestra particular cuando yo era invencible

y me echó en cara que no nací en la época que quería.

El número es tan soberbio que ostenta ser imprescindible,

omnisciente e irremplazable: me sugirió más de una vez que no podía ir a nadar con los chicos más grandes porque no podía

saltearme

categorías.

No sé nadar.

Elijo la palabra porque la frialdad y la exactitud del número nunca van a poder explicar cómo no me siento,

qué cosas quiero no expresar,

qué mundos prefiero inventar.

Elijo la palabra porque haciendo cuentas no pude conseguir novia y la esfera social tanto de la oralidad como de la escritura siempre me reserva

un segundo tiempo con sorpresas tácticas y laterales lanzados al ataque.

Puedo ganar.

La estadística recupera la victoria del que perdió y reivindica al dictador.

Empobrece al indigente y enriquece al burgués.

Son numerosas filas de soldados dispuestos a combatir junto a argumentos y a derribar falacias.

Y yo promuevo la mentira, la lucha, la militancia y la parsimonia con la puteada.

Pero están

sedados.

No ven

y no oyen.

Y, si lo hacen,

se atormentan.

El número contabiliza que hay cada día más abogados en mi país.

"¿Dónde está la política de Estado? ¿Dónde el intervencionismo? ¿Dónde el proteccionismo? ¿Dónde el pedazo de torta?".

Ya te lo comiste

y pasó a formar parte de la estadística inventada del órgano que tanto odiás.

De la cultura que

no

fomentás.

El número condena a la niñas que absorben frustraciones a ser perfectas, modelos de una pseudo-cultura que proviene de mucho antes de lo que podemos pensar y que, a pesar del esfuerzo analítico y la recapitulación histórica,

no tiene dueño.

Somos nosotros lo que exigimos a la

flaca.

Somos nosotros los que no queremos a la
gorda.

Te da vergüenza, te hace esconderte, te hace discriminarla.

Porque el número te lo dice.

Porque no tiene las medidas del sueño americano/japonés/soviético/checoslovaco o
lo que mierda sea que hay detrás de esta maquinaria de

marginación

que nos congrega y nos rocía su
decepción.

Por tantas cosas elijo la palabra.

Y no puedo separarla de putear.

Amo putear.

Fontanarrosa, por decir algún capo, tenía
(tiene, porque pervive)

la facultad de decir cosas muy profundas con una prosa sencilla, sin demasiadas
vueltas, con léxico de barrio.

Y logró trazar

un estilo.

Yo qué sé si voy a sacar un libro alguna vez, pero mi estilo va a ser lo que yo mierda
quiera.

Y si el mercado dice que no,

el mercado se va a equivocar.

Porque él se maneja con números.

Y yo elijo

la palabra.